



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Publicada originalmente en 1976 y convertida en una novela de culto difícil de rastrear durante décadas, *Elizabeth*, de Ken Greenhall, reaparece ahora para reclamar su lugar como una de las novelas góticas más perturbadoras y seductoramente modernas del siglo XX.

La historia adopta la forma de una confesión: Elizabeth Cuttner, adolescente precoz, lúcida y cruel, relata en primera persona cómo descubre en el espejo del desván de la mansión familiar una presencia —Frances— que comienza a guiarla, revelarle su poder y torcer la realidad.

A medio camino entre Shirley Jackson, Anne Rice y la tradición clásica del gótico anglosajón, *Elizabeth* combina erotismo insinuado, pulsión destructiva, manipulación psicológica y una atmósfera sobrenatural donde los espejos no solo reflejan: capturan.

En una Nueva York espectral, entre mansiones portuarias, habitaciones en penumbra, ritos privados y secretos familiares que se propagan como maldiciones, *Elizabeth* es, en esencia, una novela

sobre la seducción del mal, la emancipación oscura y la sexualidad emergente como fuerza sobrenatural.

Sin renunciar al humor negrísimo ni a la ironía afilada, el autor, Ken Greenhall, que publicó esta novela bajo el nombre de soltera de su madre, Jessica Hamilton, por miedo al escándalo, construye una voz adolescente que fascina y aterriza por igual: una bruja moderna sin arrepentimiento, capaz de convertir cada gesto cotidiano en un acto de poder.

La novela se adelanta a fenómenos posteriores: el auge del terror intimista, la relectura feminista del gótico, el protagonismo de narradoras poco fiables y la exploración del deseo como fuerza oscura.

A lo largo del libro, Greenhall combina escenas de domesticidad inquietante, erotismo apenas velado, crueldad ritual y una arquitectura narrativa donde los espejos son puertas, los animales aliados y la familia un territorio maldito. Un clásico escondido que, al recuperar su frescura salvaje, se revela más actual que nunca.

UN AUTOR FANTASMA

Ken Greenhall (Detroit, 1928-2014) trabajó como editor en Nueva York, primero en *The Encyclopedia Americana* y después en *The New Columbia Encyclopedia*. Tuvo siempre un gran interés por lo sobrenatural y pidió una excepción para escribir su primera novela, *Elizabeth* (Lumen, 2025), que publicó en 1976 con el nombre de soltera de su madre, Jessica Hamilton, para evitar el posible escarnio público. A esta siguieron otras novelas como *Hell Hound* (1977), publicada internacionalmente como *Baxter* y adaptada al cine en Francia en 1989.

Greenhall escribió seis novelas en veinteaños. Rechazó activamente aparecer en

medios. No concedía entrevistas, apenas existen fotografías suyas, y cultivó un aura de desaparición voluntaria. Esto contribuyó a que su obra se convirtiera en una leyenda de culto. Hoy está siendo reeditado y reivindicado por editoriales especializadas en recuperar rarezas literarias. La novela circuló durante décadas como una joya secreta entre críticos, autores y lectores de terror literario. Su tono desafiante —por lo sexual, lo amoral y lo oscuro— hizo que no encajara en los cánones comerciales.

La reedición de 2017 en Valancourt Books marcó su rescate y la publicación por Adelphi en Italia la consagración como una novela de culto.

PERSONAJES

ELIZABETH CUTTNER

Protagonista y narradora. 14 años. Culta, perversa, lúcida, cruel y fascinante. Elizabeth no es una víctima ni una joven inocente: es una presencia dominante desde la primera página: «Me vine a vivir con mi abuela hace un año, después de matar a mis padres. No quiero parecer insensible. Déjame que te lo explique». (pág. 16) Su inteligencia precoz, su voz afilada, su falta de empatía y su curiosidad por lo morboso la sitúan en la tradición de Merricat (Siempre hemos vivido en el castillo) y de las brujas adolescentes modernas, pero con un tono mucho más peligroso. Es una narradora que manipula, seduce y amenaza:

«Recuerda que ya no soy una niña; soy una mujer. Lo dice mi espejo, y lo dicen las miradas de los hombres. De pequeña, vi a James, el hermano de mi padre, mirar a nuestro perro y luego mirarme a mí sin cambiar de expresión. Inmediatamente le enseñé a mirarme a mí de un modo que no tenía nada que ver con la forma en que miraba cualquier otra cosa.» (pág. 15)

A lo largo del libro, Elizabeth ejerce su poder emocional y sobrenatural sobre los otros: su familia, sus profesores, sus amantes. Es dueña de un placer oscuro por lo no humano y lo corrupto:

«Esa mañana caminé por el bosque. Siempre me ha gustado la soledad, y me excita especialmente estar rodeada de seres no humanos. Tal vez creas que las cosas que viven en el bosque son agradables. No sé cómo puedes pensar algo así. Lo más probable es que no te hayas fijado bien, y solo veas florecitas y ardillas. ¿Qué me dices de los topos y los hongos? Aquella mañana vi de los unos y de los otros. El topo estaba muerto, y su delicado pelaje estaba plagado de hormigas. Los hongos eran de un naranja deslumbrante, y brillaban casi fosforescentes en la penumbra que atravesaba el espeso follaje estival de los árboles.

En nuestros bosques también hay carteles que advierten de la presencia de serpientes de cascabel y que dan instrucciones sobre cómo tratar las mordeduras. Me detuve a leer uno de los carteles, consciente de la vida oculta que me rodeaba y preguntándome qué me encontraría si trataba de levantar la roca sobre la que me había sentado». (Pág. 19)

Es, además, la heredera involuntaria —y luego voluntaria— de un linaje de mujeres marcadas por poderes antiguos.

FRANCES

Presencia sobrenatural. ¿Bruja? ¿Reflejo? ¿Doble? ¿Ancestro? Frances aparece en el espejo como una figura que se superpone a Elizabeth: una mentoría fantasmal que combina ternura, manipulación y seducción. Es guía, obsesión, amenaza y destino. Su primera aparición captura el tono gótico:

«Levanté la vista hacia el espejo, y allí, bajo la tenue luz tormentosa, vi una cara que no era la mía. Cerré los ojos y oí susurrar mi nombre:

—Elizabeth. Mírame, Elizabeth.

Abrí los ojos. El espejo me devolvía una imagen borrosa, pero estaba claro que no era la mía. Miré a aquella figura fijamente durante un momento y, poco a poco, una sensación de terror se fue apoderando de mí. La cara me sonreía indecisa. No era una mujer joven, sino alguien que parecía tener la edad de mi madre: una mujer de pelo oscuro, peinado hacia atrás, y con raya en el medio. La cara estaba envuelta en la oscuridad, no podía ver su cuerpo. Podría llevar una túnica negra. Volví a escuchar su voz, aunque su boca no se había movido.

—No me tengas miedo, Elizabeth. He venido a ayudarte. Me crees, ¿verdad?

—Sí.

—Puedes llamarme Frances». (pág. 24)

Frances representa el poder femenino prohibido: la herencia de las brujas, la fuerza que se transmite por la línea materna, la mirada que exige una entrega total.

EL TÍO JAMES

Tío de Elizabeth. Objeto de deseo, victimario y víctima. James es un adulto débil y narcisista, incapaz de controlar su fascinación por Elizabeth. Ella lo manipula como un instrumento más para explorar su poder. Su relación es inquietante, asimétrica y deliberadamente incómoda:

«Esa noche, ya tarde, me encontré con James en el desván e hicimos cosas que no solíamos hacer, cosas que le resultaban dolorosas. Quería que gritara para que la señorita Barton, que probablemente estaba despierta en la habitación de abajo, lo oyera y se preguntara por qué había venido a vivir con nosotros». (Pág. 49)

LA ABUELA (MARTHA CUTTNER)

Matriarca gótica. Guardiana del linaje. Último bastión antes de Frances. La abuela es la portadora de la memoria familiar, una figura de terrores antiguos y secretos que Elizabeth debe superar para completar su transformación.

«Mi abuela entraba en el comedor todas las noches a las siete en punto. Siempre llevaba vestidos negros que le llegaban hasta los pies. Tenía el cuerpo esbelto y firme, y yo me preguntaba qué hacía en el silencio de su cuarto siempre cerrado para mantener la piel tan tersa y los músculos tan fibrosos. Quería que me invitara a su cuarto» (pág. 37)

Elizabeth la ama y la teme Su desaparición — relacionada con el espejo, el ritual, la transmisión de poder— es uno de los momentos más potentes del libro.

LA SEÑORITA BARTON

Preceptora de Elizabeth. Reflejo vivo de Frances. Descendiente de la misma línea maldita. Se convierte en antagonista y doble. Barton representa la versión domesticada, avergonzada y racional de lo que Elizabeth es: otra heredera del poder de Frances, pero que lo teme y reprime.

«La señorita Barton se sonrojó bajo la densa capa de maquillaje que se había aplicado de forma desigual. Nadie habría pensado que pasaba tanto tiempo arreglándose. Resultaba que su cuarto de baño estaba junto al mío, y yo había pegado la oreja a la pared aquella mañana para escucharla mientras se aseaba, murmurando y escupiendo. Había sido un proceso notablemente largo, considerando los resultados que había obtenido. Pensé en su parecido con Frances y en las sutiles diferencias que había entre ellas». (Pág. 50)

Su fracaso al intentar salvar a Elizabeth y a sí misma refuerza la idea de que la negación del poder es tan peligrosa como su abuso.

EL PRÓLOGO DE LAURA FERNÁNDEZ

Eso que están viendo es un edificio junto al puerto. El puerto es el puerto de Nueva York. Oh, sí, tanto el edificio como el puerto, y ustedes, están aquí dentro. Aún no han tenido que calzarse sus propias botas para dirigirse, apuesta y galantemente —todo aquí dentro es ligeramente elegante, pero sobre todo es misterioso, porque no está exactamente aquí—, al número 46 de la calle Coenties Slip. Pero sin duda están tratando de decidir si deberían hacerlo. ¿Y saben qué papel me corresponde a mí? El de advertirles de que, si no lo hacen, tal vez se estén perdiendo un, bueno, sobrenatural paseo por El Otro Lado. No ocurre a menudo, déjenme decirles, que un libro

se convierta en una especie de puerta, o, digamos, ehm, portal, hacia otro lugar profundamente escondido, sumergido, oculto, a simple vista. ¿Se han decidido ya a calzarse ese par de botas? Oh, no, por supuesto. Es demasiado pronto. Déjenme que les cuente algo más. Algo, pero no demasiado, porque no soy yo quien está a punto de cruzar al otro lado del espejo por una vez.

Así que espejos, ¿eh? ¿Se han preguntado alguna vez por qué se reflejan en ellos? ¿Por qué lo hacemos? ¿No es extraño? ¿De qué forma algo muerto puede contener algo vivo y no resultar, en algún sentido, mágico? ¿Y por qué nos fiamos de lo que vemos?

¿Vemos lo que es, o lo que esperamos ver? Uhm. Retrocedamos un momento. Estábamos en el número 46 de Coenties Slip, e iba a decirles que tal vez les suene Coenties Slip. Es una calle del Distrito Financiero de Manhattan. Oh, sí, está muy cerca de Wall Street. Originalmente, sin embargo, fue una ensenada artificial del río Este para la carga y descarga de barcos. Hoy es una calle peatonal. El edificio que están viendo, el edificio que hay en el número 46, lleva ahí desde la época en la que todo eran muelles y cobertizos y sirenas de barcos prestos a atracar. Puede que Herman Melville lo recordase. Oh, cuando les he dicho que quizá la calle les sonaba, no he especificado que, si se encuentran entre aquellos que han leído Moby Dick, ya han pasado, literariamente, por aquí.

Basta, de hecho, haber ojeado la primera página de la novela para haber estado en ella, porque Ismael, el narrador protagonista, propone que paseemos por ella: «Pasead en torno a la ciudad en las primeras horas de una soñadora tarde de día sabático. Id desde Corlears Hook a Coenties Slip, y desde allí, hacia el norte, por Whitehall. ¿Qué veis?». Oh, podríamos haber visto muchas cosas. Entre ellas, el edificio de oficinas de los Cuttner y, junto a él, la mansión Cuttner, cuyas estancias — oh, sus tenebrosos dormitorios— aún se iluminan con lámparas de gas, y tienen contraventanas, y gruesas cortinas y, adivinen, espejos. Viejos, oxidados y majestuosos espejos que no se limitan a mostrarte aquello que se supone se sitúa ante ellos, sino que atrapan almas. Y ¿qué ocurre con esas almas?

Les presento a Elizabeth Cuttner. Tiene catorce años y, como ella misma dice, solo un estado de ánimo. Y es uno cruel. Nada empático. Es uno casi instrumental. El mundo a su alrededor está lejos, es solo un ruido sordo y molesto. Como molestos son sus padres, y hasta su atractivo tío James, el pequeño Keith y todas esas serpientes que colecciona, la insulsa tía Katherine. Puede que la única que no resulte una especie de presencia etérea y absurda sea la abuela, Martha. Martha es un oráculo, un alguien sagrado, un inclasificable y misterioso pedazo del pasado que no deja de ir cada vez más lejos, ¿o no cuenta Elizabeth que de lo único que habla la abuela cuando se sienta a la mesa cada noche es de la historia familiar, de una familia que ya no existe porque está muerta? Elizabeth tiene un secreto. No, no tiene uno solo. Tiene más de uno. Uno tiene que ver con un espejo que hay en el desván, y otro, con lo que hace en el desván con su tío James, y el tercero, uhm, solo diré que, bueno, está relacionado con: una canoa, una tormenta, un lago, y cosas repugnantes.

Pero el espejo del desván. El desván es por supuesto el desván del 46 de Coenties Slip. Elizabeth está a punto de contarles lo que ve en él. Porque este libro es una confesión. Oh, sí. Cuando se calcen ese par de botas y salgan a la calle que hay aquí dentro, y contemplen el edificio en el puerto, la mansión de los Cuttner, lo harán bajo la mántrica voz de una adolescente que insistirá en recordarles que ha dejado de ser una niña, y que ya es una mujer, y que por eso los hombres la miran como la miran, y por eso Frances la observa. ¿Frances? ¿Quién es Frances?

Uhm. Frances es eso que vive en el espejo. Elizabeth cree que nosotros también podríamos verla. Que, quién sabe, quizá los espejos no sean solo espejos. Y algo viva en ellos. La señorita Barton, Anne Barton, la profesora particular de Elizabeth, no quiere ni oír hablar de nadie que viva en ningún espejo, aunque ¿no diría Elizabeth que la señorita Barton, Anne, se parece, en exceso, a alguien? ¿Y no es ese alguien ella? ¿Frances? ¿Cómo...? No, eh, ¿por qué?

Apuesto a que ya se han decidido respecto a lo que sea que van a hacer a continuación. Tal vez han decidido calzarse esas botas y acercarse a Coenties Slip. Mi consejo es que lo hagan. Que se muden por un tiempo a las habitaciones oscuras de la casa, sentarse a tomar el té con Elizabeth, subir al desván y, (EJEM), en fin, verla hacer lo que sea que haga con su tío allí arriba. Van a estar escuchando la voz de Elizabeth todo el tiempo, va a comunicarse telepáticamente, desde aquí, con ustedes. Tal vez les sorprenda la forma de las frases que ha construido Elizabeth para contarles lo que está a punto de contarles. Porque cada frase aquí dentro está cuidadosamente elegida para abandonarles en algún tipo de abismo. Elizabeth no tiene compasión con aquello que la rodea, y la manera en que se relaciona con el mundo —y lo cuenta— tampoco. Cada línea es un algo despiadado, y a la vez, aterradoramente familiar. Pero familiar en un sentido disfuncional y, sobre todo, gótico. Porque, sí, Elizabeth, esta novela que se llama como la adolescente, y bruja, que la narra y protagoniza, es una novela gótica.

¿Adolescente y bruja? Ajá. Al parecer, el año 1976 fue un buen año para regresar a lo sobrenatural. Después de todo, ese año no solo se publicó este encantadoramente maquiavélico *coming of age*, que pretendía, de alguna forma, revivir la posibilidad de un legado maldito que nada tenía que ver con la inocencia de Samantha Stephens, aquella ama de casa a la que le bastaba con mover ligeramente la nariz para hechizar tontamente a cualquiera. ¿Recuerdan Embrujada? Había domesticado el caos que la posibilidad de tener poderes suponía reduciéndola a la simpleza de limpiar rauda y mágicamente la casa, o servir una cena espectacular. Embrujada estuvo en antena entre 1964 y 1972. No sé en qué momento pidió Ken Greenhall la excedencia de ese lugar en el que trabajaba —era editor de obras de referencia, es decir, enciclopedias, primero formó parte del equipo de la Encyclopedia Americana y luego del de la New Columbia Encyclopedia— para escribir su primera novela, esta novela, Elizabeth, pero sin duda fue después de que Embrujada desapareciese. Y, ¿saben? Pese a su condición aún de joya oculta de lo cotidiano sobrenatural, de alguna forma, devolvió a la (BRUJA) el poder temible perdido.

O, al menos, trató de hacerlo.

No es casualidad, pienso, que el año 1976, el año en el que Ken Greenhall publicó Elizabeth, fuese el año en el que Anne Rice publicó Entrevista con el vampiro, una novela que reinventó y actualizó —hasta un punto que aún no ha sido superado— la figura del (VAMPIRO), a la manera en que Elizabeth hizo lo propio con la de la (BRUJA), pro-

porcionándole una nueva salida, algún tipo de reinicio, o distinción —piensen en el asunto del (ESPEJO)—, que, a la vez, devolvía el misterio, y la ferocidad, la inhumanidad a la adolescencia, entregándose por completo a lo maldito de un género —el terror, y no un terror cualquiera, el terror de

Vernon Lee, y Edgar Allan Poe, un gótico retorcido, y viejo, y sin embargo, nuevo— que Stephen King y su Carrie —tal vez el referente más claro de Elizabeth, sobre todo, en cuanto a la asunción de la voz de una mujer joven por parte de un hombre, en este caso, nada joven, pues Greenhall tenía 49 años cuando se estrenó como escritor— habían esquivado para fundar aquello que únicamente aún está al alcance de él mismo, un terror en algún sentido posmoderno en el que el personaje ha dejado de ser una herramienta, y es la propia trama.

Podría decirse que, en eso, Greenhall, que firmó la novela con el nombre de soltera de su madre, Jessica Hamilton —volveré sobre ello en unas líneas, no se preocupen—, sigue los pasos de King. Puesto que Elizabeth Cuttner, como Mary Katherine Blackwood, más conocida como Merricat, la narradora de Siempre hemos vivido en el castillo, el clásico entre los clásicos de Shirley Jackson, da voz a una jovencita aparentemente vulnerable que no lo es en absoluto. La voz de la novela de Jackson, la encantadora y a la vez temible Merricat, es la que engendró, de alguna forma, a todas las demás, puesto que todas las demás —la de Carrie White, la de Elizabeth Cuttner, todo eso que vino después, todo eso que continúa— solo in-

tentaron, y siguen haciéndolo, acercarse a ella. Se diría que Jackson inauguró una (FORMA), la de la confesión, o el flujo de conciencia a la vista —sé que no es así en el caso de King, pero lo es sin duda en el que nos ocupa—, de una chica sobrenaturalmente poderosa. Alguien que, como diría Terry Pratchett, o, mejor, como le dijo Rhianna Pratchett de niña a su famoso padre, «devolvía el golpe». Y lo hacía de una manera en que no lo había hecho nunca.

Pero les he prometido que volvería sobre el asunto de Jessica Hamilton. Lo cierto es que Greenhall no solo firmó esa primera novela con el nombre de su madre. También firmó las dos siguientes. O, al menos, eso fue lo que ponía en su contrato con la editorial del momento. La razón sigue siendo, a día de hoy, un misterio, porque Greenhall también lo es. De él se sabe que nació en Detroit en 1928, y que trabajó como editor de esas enciclopedias. También que su familia procedía de Inglaterra, y que era listo, porque se graduó en el instituto a los 15 años. Luego trabajó en una tienda de discos, y fue reclutado por el ejército —acabó destinado en Alemania—, y vivía en Nueva York cuando pidió una excedencia de su trabajo para escribir Elizabeth. En los 20 años que siguieron, solo publicó otras cinco novelas. No concedió entrevistas. Apenas hay imágenes de él en ninguna parte. Solo he encontrado una fotografía en blanco y negro en la que aparece sonriendo, con un pedazo de biblioteca detrás, y la cara tan decididamente borrosa como la de Frances en el espejo oxidado del desván. Podría tener 50 años. También podría tener 36.

Creo que si publicó con el nombre de su madre era porque temía que nadie leyese Elizabeth como debía hacerse, es decir, como había sido escrito, tratando de acercarse lo más posible a lo que podía sentir una adolescente psicópata, si el autor era un hombre. ¿De veras era un hombre el autor de aquel curioso y maquiavélico *coming of age* en el que la inocencia no existe, en el que toda ingenuidad y pureza ha sido hábil y macabramente extirpada para colocar en su lugar, qué? ¿El Mal? ¿El deseo? Uhm, ¿de veras?

Déjenme decirles una última cosa. No creo en las casualidades. Y algo ocurrió el año 1976. Pero ocurrió algo desigual. Algo que ha permitido a Greenhall pasar desapercibido hasta ahora. Quién sabe por qué. Y que ha permitido que eso que reinventó —la bruja, y su relación con aquello de lo que es capaz, sus poderes— permanezca oculto. Porque, piénsenlo. Ya les he dicho que el año 1976 fue el año en el que Anne Rice publicó *Entrevista con el vampiro*. Anne Rice había perdido a una hija —una hija pequeña, una hija que ni siquiera había llegado a la adolescencia, una hija de

seis años— por culpa de una enfermedad en la sangre, y escribió una novela en la que esa misma enfermedad la haría vivir para siempre, como un Peter Pan del Lado Oscuro. Oh, ¿no ha estado Peter Pan todo el tiempo en ese mismo Lado Oscuro? ¿Qué dirían que es el País de Nunca Jamás? ¿Dónde es que Nunca Jamás vuelve a ocurrirte Nada? ¡Ajá! Disculpen. Continúo. La novela iba a reinventar un género, el de los tipos de los colmillos, los chupasangres, reinventándolos a ellos. Oh, sí, iban a sentir culpa. Iban a volverse, nietzscheanamente, demasiado humanos. Y se iban a engendrar de otra forma. Una forma consciente, una forma maldita, que iba a dotar al vampiro de una profundidad tal que toda su historia podría volver a escribirse, como lleva desde entonces haciéndose.

¿Por qué no ocurrió lo mismo con Elizabeth? Uhm, es un misterio.

¿Han decidido ya calzarse esas botas?

Porque si lo han hecho, van a compartir conmigo ese misterio a partir de ahora. Y, quién sabe, quizá a asistir a algún tipo de brillante (RESURRECCIÓN).

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Elizabeth* fue publicada originalmente en 1976 y recuperada décadas después. ¿Qué elementos de la novela os parecen muy ligados a su época y cuáles la hacen sorprendentemente actual?
2. El libro dialoga con la tradición del gótico anglosajón y con autoras como Shirley Jackson o Anne Rice. ¿Habéis reconocido ecos de estas influencias en la lectura?
3. ¿Creéis que esta novela habría sido recibida de la misma manera si se hubiera publicado hoy por primera vez?
4. La historia adopta la forma de una confesión en primera persona. ¿Cómo afecta esta elección a nuestra relación con lo que se nos cuenta?
5. Desde el inicio sabemos que Elizabeth ha matado a sus padres. ¿Qué efecto produce que el suspense no esté en el «qué» sino en el «cómo» y el «por qué»?
6. ¿Os ha parecido una novela más centrada en la acción o en la transformación interior del personaje?
7. Elizabeth es una narradora poco fiable, manipuladora y extremadamente consciente de su poder. ¿Hasta qué punto os habéis creído su versión de los hechos?
8. ¿Os habéis sentido alguna vez cómplices de Elizabeth? ¿Os incomodó esa cercanía?

9. ¿Cómo valoráis la decisión de que una adolescente relate con tanta frialdad y lucidez sus actos?
10. Frances, la figura que aparece en el espejo, ¿es para vosotros un ser sobrenatural, un doble psicológico, una herencia familiar o todo a la vez?
11. La relación entre Elizabeth y su tío James es deliberadamente perturbadora. ¿Qué papel cumple esta relación en el desarrollo del personaje?
12. La abuela y la señorita Barton representan dos formas distintas de enfrentarse al poder heredado. ¿Cómo interpretaríais ese contraste?
13. La novela presenta el mal no como algo externo, sino como una fuerza íntima y seductora. ¿Os parece una visión inquietante? ¿Por qué?
14. ¿Creéis que *Elizabeth* habla más de lo sobrenatural o de la violencia latente en las relaciones familiares y sociales?
15. El despertar sexual de Elizabeth se presenta como una forma de poder oscuro. ¿Cómo dialoga esto con otras narraciones de «*coming of age*»?
16. El lenguaje es frío, preciso y a veces irónicamente elegante. ¿Cómo contribuye el estilo a la sensación de inquietud?
17. ¿Qué importancia tienen los espacios —la mansión, el desván, el espejo— en la construcción del terror?
18. Tras terminar el libro, ¿os quedó la sensación de haber leído una historia cerrada o una puerta abierta a múltiples interpretaciones?

EL AUTOR

KEN GREENHALL (Detroit, 1928-2014) trabajó como editor en Nueva York, primero en la Encyclopedia Americana y luego en la New Columbia Encyclopedia. Tenía un gran interés por lo sobrenatural y se tomó una excedencia de su trabajo para escribir su primera novela, *Elizabeth*

(1976), que publicó bajo el nombre de soltera de su madre, Jessica Hamilton, para evitar el posible escarnio público. A esta siguieron otras novelas como *Hell Hound* (1977), publicada internacionalmente como *Baxter* y adaptada al cine en Francia en 1989 bajo el mismo nombre.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Un cuento tan maravilloso como siniestro. Leer Elizabeth es como permitir que se te introduzca el demonio dentro, y que te guste. Qué cuento de terror tan especial».
Virginia Feito

«Cada línea es un algo despiadado, y a la vez, aterradoramente familiar».
Laura Fernández (prólogo a esta edición)

«Un torbellino de terror».
Library Journal

«Elizabeth es un concentrado de crueldad, lucidez, conciencia de su capacidad para seducir y manipular a cualquiera. [...] Leer este libro es una aventura en la que todas las sorpresas que la protagonista tiene reservadas, tanto para los demás personajes como para los lectores, se van desvelando poco a poco hasta llegar a la última página».
Sarah Savioli, *La Repubblica (Robinson)*

«Un elegante estudio de un mundo en el que el mal es total y triunfa por completo».
The Sunday Times

«Una historia sofocante y violenta que se mueve entre el erotismo y la magia negra, con una joven protagonista que interpreta el papel de una Lolita gótica 2.0».
Andrea-Frateff-Gianni, *Il Messaggero*

«¿Bruja o Lolita? Definitivamente, malvada. [...] Una novela gótica del misterioso Ken Greenhall, con una protagonista asesina y seductora, que está conquistando las redes sociales. Un autor al que ha llegado el momento de redescubrir».
B. Marietti, *La Repubblica (Il Venerdì)*

«Una Lolita gótica [...] en una atmósfera impregnada de erotismo balthusiano, de relaciones abrasadoras y de una violencia insinuada, pero no por ello menos inquietante».
Gazzetta di Parma

«Una novela de terror cautivadora y apasionante. [...] El paso del tiempo ha sido benévolo y ha rescatado merecidamente, por lo que vemos en esta novela, a Greenhall del olvido».
Umbert Rossi, *Alias Domenica*

«Una historia enigmática, una novela sobrenatural protagonizada por una Lolita gótica, cínica y seductora. [...] Un descubrimiento para todos los aficionados al género».
Francesco Musolino, *Il Messaggero*

«La prosa de Greenhall es fría y racional, a la vez que oscura y elegante».
Emilio Patavini, *L'Indice*

